

Reproducimos a continuación lo que seguramente es la primera encuesta sociológica realizada en nuestro país: «Los pequeños contemporáneos: Una encuesta sobre el ideal vital y profesional de los niños en Cataluña», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* [BILE] 734 (31 de mayo de 1921), pp. 129-139.¹ Inauguramos así una nueva sección sobre clásicos de la sociología española. Este estudio es doblemente significativo; primero, por realizarse en Cataluña; y segundo, por ser patrocinado por la Institución Libre de Enseñanza, que tuvo un papel importante en el nacimiento de la sociología española.² Del talante científico e ideológico de la *Institución* basta recordar el «artículo 15» de sus *Estatutos* que aparecía siempre reproducido en la cabecera del BILE:

«La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas.»

El BILE era el órgano oficial de la *Institución*, y una revista «pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte».

1. La primera mención a su importancia dentro de la bibliografía española aparece en: *Una bibliografía de los orígenes de la investigación social en España (hasta 1956)*, pp. 807-839, en «Sociología española de los años setenta». (Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1971.) Incluye unas 600 obras desde el siglo XIX hasta 1956. La citada encuesta apareció antes en «El Monitor de la Educación Común», 542.

2. Para un análisis de su importancia puede verse: Jesús M. de Miguel, y Melissa G. Moyer, *Sociology in Spain* (Londres: Sage, 1979), 299 pp. Un estudio detallado aparece en Vicente Cacho, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Rialp, 1962), que incluye un análisis del krausismo en España desde 1860 hasta 1881.

La encuesta de Eugenio d'Ors trata de la vocación de las niñas y niños de las escuelas catalanas; fundamentalmente de una muestra del *distrito VI* de Barcelona y de Gerona. La edad de esas niñas y niños oscilaba entre los 7 y los 14 años, conforme a la distribución aproximada siguiente:

<i>Edad de las niñas y niños:</i>	<i>Porcentajes:</i>
7 años	2 %
8 »	2 »
9 »	20 »
10 »	24 »
11 »	22 »
12 »	18 »
13 »	9 »
14 »	2 »

Es decir que las dos terceras partes de los entrevistados tenían entre 9 y 11 años, recorriendo toda la escala social. Hay desde hijas e hijos de «peón de albañil», «fogonero» y «cajista de *La Vanguardia*» hasta de «fabricantes de fideos» y «diputado»; y entre las madres encontramos verduleras, lavanderas e incluso «vendedoras de gallinas». En la encuesta se hacían sólo dos preguntas a las niñas y niños: «¿Qué quieres ser?» y «¿Por qué lo quieres ser?» Las variopintas contestaciones que van desde «árbol de Navidad» hasta «maestro, para pegar», son clasificadas por Eugenio d'Ors en una tipología sociológica. Analiza además las pautas de imitación, y señala una falta significativa de influencia de la literatura en los ideales vitales y profesionales de las niñas y niños de Cataluña.³

Junto al imaginativo análisis sociológico y el florido estilo literario, esta encuesta se convierte en un clásico de la sociología española y, como su propio autor señala, representa una *lección de epistemología o crítica del conocimiento infinitamente útil*.

3. Es éste un Eugenio d'Ors bien diferente al de *Aprendizaje y heroísmo* (Madrid: Doncel, 1961), 55 pp., que recoge sus charlas en el Tercer Foro Juvenil de la Delegación Nacional de Juventudes: «El problema íntimo, camaradas, es el de ser hombres. Nuestra reunión en esta casa obedece al designio de formar en España algo así como una aristocracia de la conducta», p. 9; y donde arremete contra la ideología romántica, desde Rosseau hasta Spencer, criticando «las blanduras del *Emilio* rousseauiano, de donde ha salido la ralea infinita de las blanduras modernas y en donde hay ya un principio de retorno a la sensualidad viciosa», p. 30. *Tempus fugit*.

LOS PEQUEÑOS CONTEMPORÁNEOS:
UNA ENCUESTA SOBRE EL IDEAL VITAL Y PROFESIONAL
DE LOS NIÑOS EN CATALUÑA

por Eugenio d'Ors

I

No pocos amigos han inquirido de mí el motivo por qué no daba a mi Glosario algo de la encuesta sobre la vocación de los niños, tan interesante, en que trabajamos ahora los devotos de la lógica reunidos alrededor de un curso de los Estudios Universitarios Catalanes. Yo contestaba que se trataba en nuestro trabajo de un propósito pura y estrictamente científico. No se me negaba esto; pero conociendo algunas de las infantiles respuestas y habiendo gustado la suave dulzura o bien el picante sabor de ellas y entrevisto las consecuencias psicológicas que de la investigación a medio hacer comienzan hoy a vislumbrarse, encontramos que una parte ofrece un interés vivo que sobrepasa las austeridades de la Ciencia. Y yo entonces hube de convenir en que mis amigos tenían razón.

Pero objetaba aún: Ésta no es una labor personal mía; otros me han ayudado y en ella han trabajado y trabajan, mejor que yo mismo. A lo que se me repuso: ¿No quedarán satisfechos vuestros colaboradores con que de la miel de alma tierna que habéis guardado hasta hoy, avaros, en vuestros archivos, llegue también un poco a otras bocas que son golosas igualmente? Alguno añadía, además: En rigor, ni vos, ni los que os han ayudado, sois los propietarios intelectuales de esas respuestas, sino los niños que las han escrito... Y ya estamos de acuerdo en que los pequeños pertenecen a la ciudad. Yo tal vez no habría tenido nada que contestar, pero reía, y es sabido que la risa desarma pronto de argumentos.

Sin embargo, no me decidía aún... Hasta ayer, que un imprevisto

acontecimiento vino a cambiar en un instante el aspecto de la cuestión. Recibí una visita... Una visita... Era el visitante un personaje misterioso. Figuraos, para tener una idea aproximada de la singular impresión que su presencia producía, que su aire era como de arcángel mezclado con algo de policía secreta... Yo soy —me dijo desembozándose de la bizarra valona verde que lo cubría—, yo soy, señor, un agente confidencial de SS. MM. los Reyes de Oriente... Antes que todo, debo deciros, para vuestra satisfacción, que SS. MM. los Reyes de Oriente son unos lectores asiduos de vuestro Glosario, que, en general, tiene el don de obtener su augusta complacencia, aunque el Rey Negro, que busca la claridad en todo, encuentra a veces que una glosa es demasiado oscura... También es preciso que añada que las Reales Personas se interesan no sólo por los niños más pequeños que constituyen su clientela habitual, sino también por aquellos que ya mayores los han olvidado quizá un poco, porque lo que los Reyes de Oriente aman es la ilusión; y la ilusión cambia, pero no se pierde tan pronto... Como *dilettanti*, pues, de la ilusión, los Reyes verían con la satisfacción más alta que en el Glosario pudiera hallarse alguna noticia de la hermosa cosecha de ilusiones que habéis realizado. Una información de ella les sería muy útil para tomar sus determinaciones, respecto al próximo día 6 de enero.

¿Cómo no acceder a una solicitud hecha de ese modo, que es para mí una orden? No tanto por solicitud de buenos amigos como por mandamiento de altas esferas, vendrán a mi Glosario algunos documentos de la encuesta sobre la vocación de los niños... Mas el glosador, en esta ocasión más que en otras, cree que su deber primero es un acto de gracias. Y las da de todo corazón a los niños, a los colaboradores inteligentísimos y entusiastas de esta feliz tentativa científica: Ramón Rucabado Farrán y Mayoral, D. Estrany, Alberto Albert, Juan Palau, José Lleonart, Carlos Rahola, Sres. Vila, Ainaud, Galí, Rtijá, Canals, al padre Dalmau, el distinguido psicólogo de Gerona, a los señores maestros de las escuelas del distrito VI. El éxito de esta encuesta se debe a ellos, en primer lugar.

II

La idea de esta investigación no es nueva. En otros países se ha realizado ya alguna vez. Uno de los colaboradores de los *Archives de Psychologie* que se publican en Ginebra había reunido unos cuantos documentos de orden parecido y deducido de ellos algunas consecuencias; luego hizo algo análogo M. Schuyten, el distinguido director del Laboratorio de Psicología pedagógica de Amberes. Lo único malo de esas dos encuestas fue el

escaso número de documentos aportados. En esta situación, las deducciones habían de ser muy tímidas, si no eran muy temerarias.

Nosotros, al emprender este trabajo en Cataluña, le hemos querido dar grandes proporciones. Hemos comenzado por hacer una obra colectiva, condición indispensable a la amplitud imaginada. También nos ha parecido útil que la encuesta no se limitara a un medio social o escolar único, sino que fuera situada sucesivamente en ambientes diversos. Del campo y de la ciudad, de las escuelas populares y de las burguesas, de las laicas y de las religiosas, proceden, o procedieron, los documentos que han sido la base de aquélla. Y para que los resultados fueran comparables, se empleó el mismo procedimiento en todas partes.

Dejando a un lado los detalles técnicos, diremos que los encargados de la encuesta dirigieron a cada niño estas dos preguntas: «¿Qué quieres ser?» «¿Por qué?», y en hacerles contestar por escrito durante 10 minutos, en el local de la misma escuela. A las preguntas firmadas se añadía la edad del discípulo, en años y meses, la indicación de la profesión de los padres respectivos, y, además, algunas indicaciones sumarias dadas por los maestros, generalmente sobre la persona, mentalidad y aplicación del pequeño sujeto interrogado.

No es del caso entrar en menudencias sobre ciertas delicadas precauciones adoptadas, a fin de evitar, en lo posible, causas de yerro en el experimentador o de insinceridad en el niño. Se ha procurado que las respuestas no fueran efecto de la sugestión de un instante, sino —hasta cierto punto, naturalmente—, expresión de una vocación intensamente sentida y arraigada, traducción de una personalidad en un determinado momento de su desarrollo. Debo decir que, en esto, los resultados no han ido muy lejos de nuestras ilusiones y que han disipado algunos temores que, al principio y ante lo difícil del propósito, pudimos sentir, pues siempre que por vías extrañas a la encuesta se han recibido noticias acerca de la personalidad o del temperamento de varios de los sujetos, se ha encontrado que la respuesta era una expresión bastante fiel. En alguna escuela han podido *controlarse* las contestaciones dadas repitiendo la encuesta con seis meses de intervalo. En un tanto por ciento crecidísimo de los niños de cierta edad, las dos respuestas así recogidas han estado acordes.

Naturalmente, han quedado aún factores de error, residuos de cálculos, pequeñas faltas marginales. No obstante, es preciso contar siempre con la experimentación biológica. La Biología no es la Matemática. Y aun en rigor, la Matemática no es, relativa a exactitud, lo que la gente cree.

III

Uno de los detalles del método seguido en la encuesta consiste en que el inquiridor, antes de que los niños redactaran las respuestas, les explicaba brevemente lo que de ellos se solicitaba. Esta explicación puede y debe ilustrarse con ejemplos; pero yo he recomendado siempre a mis colaboradores que sobre tales ejemplos pasaran ligeramente y sin insistir, pues, de lo contrario, los modelos propuestos, sobre todo si son pocos, ejercen una fuerza de sugestión innegable en la mente del tierno interrogado, fuerza de sugestión que muy bien puede quitar una parte de su espontaneidad y de su frescor a la respuesta. Empero, importa no dejar de reconocer que, en algunos casos, esa misma espontaneidad es favorecida por el hecho de que se haya propuesto diversos tipos de deseo, porque es posible que la sugestión que ellos ejerzan sobre los niños *haga atinar* con determinada cosa de honda y arraigada existencia espiritual que no había aparecido antes en los planos superficiales de la conciencia. En eso, como en lo demás de nuestra labor, todo es cuestión de tacto, de delicadeza, de *ductilidad artística* por parte del que opera. Recuérdese la distinción admirable de Pascal entre el *esprit géométrique* y el *esprit de finesse*. Es, naturalmente, el *esprit de finesse* y no el otro el que es bueno emplear en esta clase de experimentación psicológica.

Es preciso, en la explicación a que nos referimos, dejar bien entendido en la mente de todos que las respuestas no han de limitarse a la expresión de un ideal profesional, sino de un ideal vital que puede abarcar o no el ejercicio de determinada profesión. Yo habría deseado, para quedar bien persuadido de la completa realización de la franqueza en este punto, que alguno de los preguntados hubiera confesado en la respuesta un ideal de aprofesionalismo y de holgazanería. El caso no se ha presentado hasta hoy, y quién sabe no se presente. En cambio, la solicitud de un ideal de cualquier orden ha dado por resultado ya que en algunas contestaciones se confesara el deseo de imitar a un determinado héroe, Julio César, por ejemplo, lo que seguramente no habríamos hallado si nos hubiéramos ceñido a inquirir la *carrera* preferida para el porvenir; y también, y en un extremo opuesto, otras confesiones en que se manifiesta el deseo de semejanza a una bestia, a un objeto inerte, un ave, un caballo, o el viento. Y ciertamente no son los documentos de este último orden los menos interesantes ni menos ricos en revelaciones.

IV

El ideal de imitación de que hablábamos anteriormente no se ha manifestado mucho. En uno solo de los colegios en donde la encuesta se ha verificado, se ha multiplicado el caso. Es necesario hacer constar que en él, según averiguaciones, se había hablado en esos días a los alumnos de los grandes hombres y de su imitación. Yo creo, sea dicho entre paréntesis, que esto debe practicarse en todos los colegios y con bastante frecuencia. Hay en la presentación a los niños de los grandes y ejemplarísimos modelos de la humanidad, una gran virtud educativa.

He aquí varias respuestas de esta clase recogidas en ese colegio. Recuérdese que las preguntas propuestas a los niños eran dos: «¿Qué quieres ser?» «¿Por qué lo quieres ser?»

«Yo quisiera ser Julio César, porque era el más rico y el más valiente.» (F. L. — Nueve años. El padre es viajante de comercio.)

«Yo quisiera ser durante toda mi vida un explorador como Stanley. Me gustaría serlo, porque prefiero las aventuras y la vida agitada a una vida tranquila y regalada. Las luchas me gustan, como los actos cívicos, y prefiero un año de sufrimientos en bien de la Humanidad que mil años de recreo y placeres.» (J. M. — 13 años. Hijo de un comerciante y fabricante de licores.)

«Yo quisiera ser artista o bien pintor, o bien escultor. Tengo 12 años y no tengo papá. Querría ser pintor, porque tengo amor al arte.» «Sí, quisiera ser un Leonardo de Vinchi [sic], un Oslé» (E.N.)

«Durante toda mi vida me gustaría ser un gran poeta, como ahora el señor Maragall, para poder inventar grandes y valientes poesías. (A. M., 11 años. Padre comerciante.)

En otras escuelas, el deseo de imitación a una figura histórica se ha manifestado raramente en forma concreta. Es probable que no pasen de cuatro a cinco casos en más de quinientos. Ahora no recuerdo más que dos, un niño que quiere parecerse a Hipócrates (hijo de padre boticario. Ha visto seguramente el busto del gran hombre en la oficina paterna). Y otro, de ocho años, que anhela parecerse a D. Alfonso XIII, y dice al explicarlo que «porque me pasearía siempre, y vería tierras nuevas, e iría con el traje lleno de medallas».

V

En el artículo anterior hemos estudiado un factor de imitación: el ejemplo de grandes hombres, de figuras históricas, de contemporáneos ilus-

tres, y encontramos que su efecto es bien escaso. En un colegio se repetía, y aun evidentemente como resultado de una reciente sugestión. En cambio, el factor de imitación que presentamos ahora es de acción fecunda, hasta ser el predominante. Me refiero a la influencia de la profesión de los padres, factor tan importante éste, que yo creí, al decidir el método de la encuesta, que convenía que fuera indicado siempre al pie de la contestación, después de la edad del niño.

Basándose en los resultados de las encuestas llevadas a efecto anteriormente en Suiza y en Bélgica, alguien ha creído que el promedio de influencia del tal factor está sometido a una curva de oscilación, a medida del desarrollo del niño. Curva según la cual dicha influencia, preponderante en él hasta los 9 o los 11 años de edad, sufre a continuación una crisis, llegando a un fortísimo descenso entre esa fecha y los 14 años, para volver a subir en seguida a partir de los 14. Yo pienso que la escasez relativa de la documentación obtenida hasta hoy, lo mismo en Suiza que en Bélgica y Cataluña (y todavía es en esta última donde se han reunido más elementos de juicio), no autoriza por el presente a sacar seria y científicamente deducciones psicológicas. Dicha ley ofrece, no obstante, cierta verosimilitud: se comprende que un niño pequeño, para el cual es su padre el modelo humano absoluto, considere como quehaceres típicos para el hombre los que ocupan las energías paternas. Pero después viene un período de crítica, de libre examen: el campo de observación se extiende, y ya el padre no es el modelo en todo. En este segundo período, el juicio, que ya es crítico, es aún desinteresado, porque el tiempo de la elección concreta y decisiva de un oficio o carrera parece muy lejano a la imaginación infantil. Durante el tercer período, en fin, la claridad de la crítica no ha disminuido aunque el interés práctico personal entra de lleno en la esfera de los deseos; se ve próxima la hora de la elección, si es que no ha sonado ya; la continuación de los asuntos del padre se presenta entonces, a menudo, como más fácil, como de resultados más seguros, que emprender un nuevo camino. Y así el promedio de tendencias a la imitación vuelve a crecer.

De las respuestas reunidas por nosotros, unas son simple y llanamente imitativas; otras, más que a una imitación, obedecen a una sugestión de ambiente; otras, por último, revelan una aspiración al mayor progreso, ensanchamiento o más alta consideración social de la profesión paterna.

Ejemplos de las primeras:

«Yo quiero ser modista. Porque mi madre lo es, por eso me gusta. También querría ser sombrerera. En general, todo me agradaría ser. (Niña, A. S. — 11 años. Padre sastre, madre modista.)

«Yo quisiera fabricar maderas, porque mi padre lo hace, porque podría fabricar puertas, y si algún día a mano viene, aserrar madera.» (M. V. — 10 años. Padre fabricante de maderas.)

«Escribiente en un Banco. Porque yo creo que así establecido, ganaría los dineros suficientes para poder cuidar de todo y poder estar de una manera buena con mi padre.» (J. D. — 15 años y tres meses. Mi padre escribe en el *Crédit*.)

«Ser sabio, bueno y comerciante. Ser sabio, para saber mucho; ser bueno, porque, cuando muera, iré a la gloria del cielo; y ser comerciante, para ganar dineros y estar bien en la tierra.» (N. F. — 10 años. Padre comerciante.)

«Quiero ser cajista de *La Vanguardia*.» (El padre lo es.)

«Yo quiero ser municipal (vigilante de policía).» (El padre lo es. Hay seis respuestas iguales.)

«Yo quiero ser portero. Porque mi padre lo es y veo que es un oficio muy descansado. (M.R. — 9 años.)

«Yo quisiera ser comerciante de maderas para explorar los bosques desconocidos.» (E. M. — 10 años. Hijo de un comerciante de maderas. La no indicación de la profesión del padre habría inducido erróneamente a creer en un caso de romanticismo.)

Alguna vez, según lo antes dicho, el anhelo de imitación no se presenta ya como idealidad, sino claramente, bajo el aspecto de interés personal. La anterior contestación es un ejemplo. Gústese el sabor de ésta:

«Yo quisiera ser comerciante de algodón. Porque mi padre lo es y ya lo dejaría bien preparado y con nombre.» (S. M. — 12 años.)

La influencia del medio también se presenta frecuentemente. Un distinguidísimo maestro, el Sr. V. Vernet, en una carta de gran interés que me dirige sobre nuestra encuesta, cita el caso de un niño que en su respuesta declara que «querría ser rico para hacer hospitales y cuidar enfermos», y me ilumina sobre los motivos íntimos de esa contestación: se trata de un pobrecito que ha visto morir a todos sus hermanos después de larga enfermedad y que él mismo padece de la rótula desde hace ocho años... A veces, por estas contestaciones que hemos recibido resbalan pequeños dramas, así, en cuatro palabras.

Nuevos ejemplos, menos interesantes, de análogas sugerencias:

«Yo querría ser sastre. Porque con la tela que mi padre vendiera, haría vestidos y además haría mi ropa para el invierno, que se necesita tanto.» (S. C. — 11 años. Padre tendero de ropas.)

«Yo quiero ser cocinero. Porque trabajaría mucho, y, además, porque comería mucho, y cuando hiciera frío yo no lo tendría, pues estaría junto al fuego.» (J. S. — 9 años, Padre cobrador de fonda.)

«Yo quiero ser impresor. Para poder imprimir libros, hacerlos y traducirlos, como por ejemplo, traducir un libro del francés al español, y hacer muchos dibujos.» (A. M. — 10 años. Padre librero.) El señor padre de este niño se ha especializado, creo, en la edición y venta de obras en que se da preferencia a lo maravilloso, a la «curación mental», etc. Seguramente, él mismo es aficionado a estos métodos. Pues bien, otro de sus hijos, una niña, también interrogada, ha respondido: «A mí me gustaría curar enfermedades con homeopatía. Para evitar las enfermedades que produce comer pernil, mucha carne, etc., que para los estómagos delicados es de mucho perjuicio.»

Las tendencias al mejoramiento, ensanche, etc., de la profesión paterna se presenta frecuentemente, como es natural. El hijo del maestro de obras quiere ser arquitecto; el del operario, maestro de obras. Uno de los ejemplos más típicos de la colección es éste:

«Yo quiero ser astrónomo. Para ver la luna, las estrellas y los cometas con aquella cola color de oro...» (El padre es sereno.)

VI

Junto a estos casos de imitación a las ocupaciones paternas, deben citarse otros de reacción, alguna vez bien cómica, algunas casi trágica.

«Yo quiero ser notario, porque es un oficio que no se puede tomar mal.» (E. P. — 9 años. Hijo de un peón de albañil.)

«Quiero ser escribiente. Porque es un oficio muy descansado.» (R. C., 10 años. Padre carretero.)

«Quiero ser zapatero, por que es muy descansado.» (J. C. — 12 años. Padre fogonero.)

«Yo quiero ser de aquellos que van con el tren.» (R. B. — 12 años. Padre zapatero. Compárese esta respuesta con la anterior.)

«Yo quiero ser tendero de ropas. Porque cuando yo despachara a las señoritas bromearía un poco con ellas, y porque se gana bastante y, además, porque siempre estaría detrás del mostrador despachando.» (T. T. 10 años. Padre calafate.)

«Poeta. Porque es el oficio que me gusta más de todos y porque cuando vaya por un camino y vea una cosa cualquiera, podré hacer una poesía.» (J. A. — 13 años. Padre mozo de tren.)

«Quisiera ser astrónomo. Por saber de cierto cómo está nuestro planeta. Porque todavía hoy los sabios, muchos, dicen que no es redondo, otros que sí, y yo quiero saber ciertamente cómo es.» (F. C. — 12 años. Padre fabricante de fideos.)

«A mí me gustaría ser reina. Porque me pasearía en coche y automóvil, tendría vestidos bonitos, sombreros también muy bonitos, para cuando saliera a pasear en coche.» (Niña V. V. — 10 años. Mi papá —dice— está en el hospital.)

«Yo quisiera ser francesa. Porque en Francia enseñan todos los oficios de niños y niñas... Y también me gustaría el idioma francés.» (Niña. P. A. C. — 11 años. Madre vendedora de gallinas.)

«Me gustaría ser de París. Porque oigo decir que es muy bonito y porque en París todos los conocidos que han ido están muy contentos, y pienso que me gustaría a mí. Y también son muy elegantes.» (P. V. P., 13 años. Madre lavandera.)

«Carpintero. Porque no me haría daño.» (L. V. — 7 años. Padre maquinista.)

«Quiero ser pintor cuando sea grande, y también poeta. Porque tendré el placer de dibujar aquellas nubes que hay en la puesta del sol; y, además, aquellas cosas que hay tan bonitas, para hacerla con toda mi voluntad y ganar bastante dinero para mi sostén y el de mi familia.» (A. M., 9 años. «Mi padre es encargado de coches.»)

«Ebanista o profesor. No es pesado ni sucio.» (J. G. — 14 años. Padre encargado de trenes.)

«Yo quiero ser del comercio. Porque me gusta; porque van bien vestidos y también por ganar más.» (J. M. — 12 años. Sin indicar el oficio de su padre añade. «El oficio de mi padre no me gusta, porque es demasiado sucio.»)

«Escritor. Quiero serlo para hacer sentir en el corazón de mis conciudadanos el espíritu que hemos de tener todos los hombres del mañana, de progresar siempre y luchar por los otros. ¡Hemos de sobresaltar siempre por sobre las cosas!» (El padre de este magnífico arbitrario — ¡oh deseo de «sobresaltar siempre por sobre las cosas!» — es comerciante de ropas.)

«Astrólogo. Para examinar la luna y el sol y las estrellas y astros y las maravillas del sol y las montañas de la luna, y estudiar los libros y mapas y el mundo.» (M. C. — 10 años. Padre, albañil.)

«Quisiera ser uno que pudiera vivir en medio del bosque, lejos de toda ciudad. Porque así podría estar en contacto con las bellezas que nos da la Naturaleza, oír el canto de los pájaros sin oír el bullicio de la ciudad producido por los carros, fábricas y demás tráfico, respirar un aire que no sea tan cargado de ácido carbónico y, por lo tanto, impuro.» (El padre de este codicioso de atmósfera pura es jornalero en un muelle de carbón mineral.)

En el caso siguiente la reacción se presenta de una manera bien sin-

gular: «A mí me gustaría ser comerciante de ropas, porque es muy bonito.» (J. C. — 11 años. Padre abogado y diputado.)

Junto a los casos de imitación y de reacción, es interesante observar otros que se presentan de sumisión, generalmente a la autoridad paterna, a veces a la voluntad de toda una familia. El espacio falta. Citemos, rápidamente, tres entre muchos:

«Yo quiero ser escribiente, porque mi papá lo dice.»

«Yo quiero ser zapatero, porque mi papá lo quiere.» (Mi colaborador, el señor Galí, que ha recogido esta contestación, añade al margen: «Se trata de un niño quieto, resignado, mimado; él quisiera tocar el violín; pero su padre quiere que sea zapatero...»)

«Capellán. Porque el día de la comunión me gustó mucho, y mis papás lo quieren, porque les gusta mucho, y mis hermanos y mi tía lo quieren, y mis tíos también lo quieren. Yo voy a los Padres a las fiestas.» (R. L. L.)

Un caso perfecto de completa sumisión voluntaria y de marcado impersonalismo:

«Yo quiero ser ingeniero comercial, porque mi hermano lo quiere ser.» (J. C. — 11 años.)

Por suerte, este ejemplo es único en toda mi colección.

VII

Puede parecer, a primera vista, que los casos, no raros, en que se manifiesta un deseo de imitación a las bestias, los vegetales o las cosas inorgánicas, representan el extremo contrario a aquel en que se ha dejado sentir la influencia ejemplar de los grandes hombres. Bien mirado, empero, se comprende pronto que en ambos órdenes de casos, la intensidad imaginativa sea análoga, y que uno y otro puedan reunirse dentro de una categoría *poética* común, en oposición a la gran masa de respuestas en que predomina el *prosaismo*.

Una de las pruebas del estado imaginativo que revelan las respuestas de dicho orden, es que casi siempre en ellas la explicación del *por qué* ocupa más de la mitad.

Algunos ejemplos:

«Me gustaría ser caballo. Me gustaría ser caballo, porque iría corriendo por los campos y no tendría que comer puntual y podría comer las hierbas que hay en el bosque y poder ir lejos fácilmente y aprisa.» (A. T., 10 años. Eso de no «tener que comer puntual» tiene la siguiente explicación: se trata de un alumno interno en su colegio.)

Se imparten las preferencias infantiles entre los animales, las aves y los peces.

Aves:

«Quisiera ser una avecilla. Porque volaría y me iría.» (G. B. — 8 años.)

«Quisiera ser pájaro, porque podría volar por los aires y no podría coger ninguna enfermedad, y nunca me moriría, y bebería todo lo posible y comería todo lo posible y vería todo el mar, y vería salir el sol y vería salir el *arcos iris*.» (Niña. M. S. — 9 años.)

«Quiero ser paloma. Porque querría ver la utilidad de los animales y el trato con ellos, y para poder volar.» (Niña R. B. — 10 años.)

«Gallo. Porque puedo cantar, porque puedo ir con las gallinas. Y como oficio, modista.» (Niña R. T. — 11 años.)

«Paloma. Porque volando, escapa. Porque estoy libre. Y porque no trabajo. Como oficio, modista, que se gana mucho.» (Niña M. G. — 11 años.)

«Paloma. Para volar mucho y correr mucho, e ir por los pueblos para conocer qué pueblos son.» (R. B. — 11 años.)

Peces:

«Yo quisiera ser un pez. Porque como sé nadar bien, me gusta ir por el mar, porque como los peces van por el mar, por eso me gusta ser pez; pero ser pez con las siguientes condiciones: ser pez, pero que nunca me cogieran, porque si me cogieran, entonces no me gustaría ser pez.» (Ll. M. — 11 años.)

«Pez. Para ver toda el agua de debajo del mar.» (A. L. — 9 años.)

Es curioso que este deseo de una existencia submarina se repita en varias respuestas. En una de ellas, el niño declara su anhelo de «vivir entre los tiburones». En dos se manifiesta una vocación de buzo, también impedida por la misma curiosidad. La siguiente, sin una indicación profesional ni vital concreta, pertenece a la misma familia, llegando a un bellissimo desarrollo imaginativo:

«Quisiera encontrarme bajo el mar. Encontraría piedras bonitas, joyas y toda clase de minerales, y para ver los peces y todo lo que está allí, todo lo que está sumergido, y vería el color del agua, oiría el bullicio de los peces, y sentiría la sirena cómo canta, y vería aquellos hombres que están trabajando y vería cómo trabajan.» (Niña M. S. — 10 años.)

La siguiente respuesta es engañosa. Parece que en ella se manifiesta plenamente una vocación profesional. Empero, en realidad —y la explicación lo revela—, se trata de algo más fantástico:

«A mí me gustaría ser un *chauffeur* de aeroplanos. Porque volaría como los pájaros y me divertiría corriendo detrás de ellos.» (U. L. — 12 años.)

Más imaginación:

«A mí me gustaría parecerme al viento, porque entraría en todos los sitios sin que nadie me viese, podría ir allá donde quisiera, me podría marchar por todos los sitios. Si lo fuese, iría a visitar a mis padres, después haría muchos viajes por América, de donde soy hijo. Por África también, a ver cómo hacen la guerra.» (M. B. — 9 años.)

Más:

«A mí me gustaría ser el árbol de Navidad, porque me harán la fiesta por mí. Y por el otro tiempo que no fuese Navidad, que me pusiesen en el bosque con los otros árboles, que yo estaría muy contento, y ya me arreglaría.» (T. A. — 9 años.)

Esta contestación vale tanto como un cuento de Andersen.

VIII

Estamos en días de Inocentes... Vengan flores de inocencia para aroma de estos días de Inocentes, envilecidos entre nosotros por el humorismo grosero y la abominable parodia...

He entresacado de una colección las respuestas más deliciosamente ingenuas:

«Yo quiero ser marinero. Para coger peces.» (T. R.)

«Municipal (vigilante de policía). Porque allí no me podrían dejar sin trabajo. Del oficio, si no hay trabajo, me podrían sacar, y si me sacan no encontraría fácilmente donde trabajar. Y allí no padeceré hambre porque tendría más seguro el sueldo de la semana, y si hiciera otro oficio, me podrían sacar y no encontrar trabajo y me podría morir de hambre y no podría dar pan a mis hijos, y se morirían de hambre.» (E. M.)

«Yo quisiera ser ingeniero militar, porque tienen que medir tierras.» (L. R.)

«A mí me gustaría ser carabinero, porque cuando muera dejaré trescientos duros a mi familia.» (B. L. — Está enfermo.)

«¿Qué quiero ser? Teniente. ¿Por qué? Para mandar.» (F. L.)

«Maestro. Para pegar.» (M. J.)

«Quisiera ser rey, porque mandaría soldados, e iría muy bien vestido, y nunca iría a la guerra, y no me matarían nunca, y estaría muy bien, y casi siempre pasearía, y estaría muy bien, porque sería el que mandaría más siempre. Porque llevaría un vestido muy bonito y con medallas.» (V. S.)

«Yo quiero ser portero, porque ganan veinte duros toda la vida.» (E. P.)

«Quiero ser sabio, bueno y comerciante. Ser sabio para saber mucho,

ser bueno porque cuando muera podré ir a la gloria del cielo, y ser comerciante para ganar dineros y pasarlo bien en la tierra.» (N. F.)

«Escribiente, para escribir cartas y hacer actos de bondad y ganar cuatro duros al mes y vivir feliz.» (L. P.)

«Quisiera escarbar debajo de la tierra. Para buscar los tesoros que yacen y hacer bien a mis padres y demás personas.» (M. B.)

«Quisiera ser un campesino. Porque podría levantarme temprano, cavar la tierra, regar los árboles y las flores, y también por sembrar y por ir a vender frutos que dieran los árboles, y también por respirar aire puro y por dormir en el verano bajo un árbol.» (T. M.)

«Sabio. Porque sabría muchas cosas, porque sabría de contabilidad, porque sabría lo que me conviniera.» (F. M. P.)

Ramiro de Maeztu y Luis de Zulueta, que, según me han parecido, tienen del Pragmatismo una idea algo vaga, acaso llamarían a este niño un pragmatista.

IX

Unas cuantas bellas ingenuidades más:

«Yo quiero ser escribiente. Para engrandecer la Ciencia más de lo que es y para ayudar a mis hermanos con alguna cosa que ellos no sepan hacer.» (E. B. y B., Gerona.)

«Yo quiero ser obispo. Para morir santo y dar la bendición.» (N. B., Gerona.)

«Viajante. Para ver cómo está formado el mundo.» (R. C.)

«Deseo ser aventurero para ver los diferentes países y cosas que hay en el mundo, las preciosidades y fenómenos que en el mismo se encierran, juntamente con sus maravillas.» (A. Ll. del T., Gerona.)

«Quiero ser arquitecto. Lo quiero porque se modifica la ciudad, se hacen muchas cosas y se amplían las calles.» (S. C., Gerona.)

«Ingeniero mecánico. Para hacer canales y vías, etc., y para honrar la sociedad.» (L. B., Gerona.)

«Marino de barco. Por ir en el vapor y ver los tiburones.» (J. F. y M.)

«Quisiera ser sastre. Porque algún día, cuando yo sea grande y me faltara algún día unos pantalones, una americana, etc., no sería necesario ir con ningún sastre para que me lo hiciera, que yo mismo me lo haría, que siempre sería una gran ventaja; además, estaría más pronto.» (S. C.)

«Yo quisiera saber todas las lenguas del mundo, para entender a todo el que hablara y para no decir que no le entiendo, y como no sabría qué decirle, me habría de ir sin decirle nada, y eso sería una falta de educación.» (J. I.)

«Yo quisiera ser pintor de historia. Porque siéndolo, podría dar frutos a la Nación y podría hacer saber a la gente que yo era un buen hijo de mi Patria.» (V. V.)

«Maquinista de tren. Para saber cómo va la maquinaria sobre las ruedas, y para hacerla correr.» (J. Ll.)

«Piloto o capitán de un barco. Para poder viajar e ilustrar a la Humanidad, explicándole lo que en puntos desconocidos por muchos hay y, además, ilustrarme a mí mismo. Así ganaría yo y haría ganar a los demás.» (C. S.)

Yo quisiera ser concejal de la coalición de las izquierdas. Porque mi retrato saldría en todos los diarios.» (O. H.)

«Maestra. Me gustaría serlo por estar siempre estudiando, para enseñar a las niñas, para hacer labores muy bonitas, para ir a clase mucho tiempo, y para estar siempre escribiendo y para estar al lado de las profesoras.» (Niña J. E.)

«Ingeniero. Porque cuando sea grande y haya una guerra, yo guiaría a los demás, para que hicieran un puente para pasar o bien cortar un árbol y poner de parte a parte de un río, o bien porque pongan palos para el tren que viniera. También para cortar árboles para ponerlos en la vía, y cuando pasase el tren de los contrarios se descarrile. También hacer un túnel, para cuando hubiera algún contrario ocultarse, y desde allí hacer fuego...» (T. T.)

Y ahora, para terminar, un verdadero drama callado:

«¿Qué querría ser? Ir a las colonias. Porque no estoy buena y allá me curarían; estaría más contenta, porque allí se está más bien. Yo a mi mamá y a mi papá les escribiría cartas, y porque en las colonias estaría mejor cuidada.» (Niña T. S. Padre albañil.)

X

Notamos en el conjunto de las respuestas un hecho curioso, que acaso no sospechábamos en toda su desoladora magnitud: hablo de la nula influencia de la literatura en esa profunda capa demográfica que representan los niños. La mentalidad de los pequeños nos da, en cierto sentido, una idea de la mentalidad del pueblo muchedumbre. Como los antropólogos encuentran en los hábitos específicos del bajo fondo en las grandes ciudades una repetición de los hábitos de los salvajes, así nosotros podríamos decir que las muchedumbres, en un determinado país, reproducen el tipo medio ideológico de sus niños. Y, por lo tanto, si averiguamos que aquí la literatura no ha trabajado sino raramente en la imaginación de los pequeños,

también nos será preciso afirmar que aquí la literatura ha trabajado muy poco en la imaginación popular.

De lo primero ya no me siento con derecho a dudar, en vista de los resultados de mi encuesta. Tal vez una sola de las respuestas, de medio millar que he recogido, puede decirse que haya sido directamente inspirada por una lectura; y aun es discutible, pues veremos en seguida de qué literatura se trata. Ciertamente encontramos, y en el cuarto de estos artículos hemos reunido algunos casos en que se manifestaba el deseo de una imitación a hombres famosos. Pero en todos ellos, la admiración que había provocado la respuesta era importada al sujeto por el vehículo extraliterario. Julio César, Leonardo de Vinci son nombres aprendidos en el colegio por los labios del maestro, extraños seguramente a toda lectura que no sea la de los libros de texto. La admiración hacia Alfonso XIII o Wilbur Wright tampoco puede creerse nacida de obras literarias. Juan Maragall, el escultor Oslé, son seguramente ejemplares dados, no por las letras, sino por la vida, a los niños que los tomaron como modelos. Y fuera de eso, nada; ni un personaje de novela, ni una sugestión de poesía o de cuento, ni siquiera una contestación donde se encuentre con claridad y pueda decirse que Perrault, que Iriarte, que Andersen, que Julio Verne, que el canónigo Schmid, o que la vizcondesa de Segur haya pasado...

Uno solo, como he dicho, y aun el caso es equívoco, parece haber provocado una respuesta: Conan Doyle o alguno de sus numerosos imitadores. Desde que empezaron a recogerse documentos, yo esperaba un día y otro la respuesta del niño que quisiera ser *detective*. Si alguna boga literaria se ha popularizado entre nosotros en estos últimos tiempos, es la de las aventuras policíacas. Pues bien, el caso previsto no se presentó hasta hace pocos días, y aun continúa solo. En un colegio elegante, uno de los interrogados, muchacho de unos 12 años, respondió así:

«A mí me gustaría ser detective. Porque descubriría criminales y haría que no hubiera ningún ladrón, ni ninguno fabricara moneda falsa, y haría que no tiraran bombas en Barcelona ni en ninguna parte.» (R. M.)

Repito que es el caso único, y aun equívoco. Puede dudarse, en efecto, si en él es la literatura o la vida quien ha dado el modelo.

El siguiente —bellísimo— tal vez pueda ser originado por la literatura. Sin duda no procede de la vida. De donde seguramente arranca es de un ensueño. Se trata de una niña de una escuela municipal, que dice que quiere ser hada. Quién sabe sea ella también un ejemplo de lo que llamáramos actitud de reacción hacia la profesión paternal. Dice:

«Quisiera ser una hada. Para conseguir cuanto quisiera. Yo quisiera vestidos de seda de varios colores, una varita para tener todo cuanto pidiera: dineros, sombreros, carruajes, adornos de todas clases, niñeras, cama-

reras, criados, un palacio, niñas siempre a mi disposición; que supiera mucho; joyas, perlas, collaritos, brazaletes, anillos, peinetas con perlas preciosas, flores de todas clases, plantas y claveles, violetas, rosas, pensamientos, etc., etc., y vestidos de disfraz de los más bonitos.» (M. A. — 12 años. Madre, verdulera.)

¡Oh, Dios la guarde con esa imaginación y en una condición como la suya!

Y luego de esa página de poesía, concluiríamos nuestras citas si no hubiéramos olvidado intercalar entre las respuestas ingenuas estas dos que a su manera también valen sendos tesoros:

«Yo quiero ser abogado. Para ganarme la vida. Para poder mantener a mis padres cuando sean viejos, y también porque quisiera vivir en el muelle.» (?) (E. M.)

«A mí me gustaría vivir en una torre para siempre.» (P. F.)

Este niño —¡profecía!— si Dios nos concede vida y salud a ambos, hablará en su día muy desconsideradamente del Glosario y del glosador. Yo lo perdono, por adelantado, de todo corazón.

XI

... Y creo que el señor agente confidencial de SS. MM. los Reyes de Oriente, que me hizo el honor de pedirme la publicación de unas cuantas páginas de mi encuesta, estará satisfecho. Tal vez la documentación reunida no habrá sido inútil para el discernimiento de los muníficos Señores...

Pero los hombres de ciencia deben exigir más que los Reyes. Lo que a éstos contenta, a aquéllos difícilmente llega a interesar. Así es preciso que la cantidad de documentos aportada hasta hoy se duplique, se duplique para que entonces podamos aplicar ante ella los métodos estadísticos, el cálculo de probabilidades, y comenzar el trabajo científico propiamente dicho.

Hasta ahora, todas nuestras citas y nuestros comentarios fueron, más que para la Ciencia, para el Amor. No deseábamos tanto hacer conocer como hacer amar a nuestros pequeños. El amor a los niños es, después del temor a Dios, el principio de la sabiduría. Porque cuanto más los amamos, encontramos que se parecen más a nosotros. Lo cual constituye una lección de Epistemología o Crítica del Conocimiento infinitamente útil.